

El tránsito de la anatomía de los *peces* y los *reptiles* á la de las *aves*, me da menos luz que el de la de los invertebrados á la de los peces, muchísima menos; solo una crecida muy grande del encéfalo, relacionada con un acortamiento notabilísimo de la médula, determina lo capital del tránsito; pues por más que registre el cráneo de las *aves* de toda especie, de todo grandor de cuerpo y de toda variedad de instintos, no hallo ni más ni menos *especies de partes* constituyentes que las halladas ya en las dos clases de peces y reptiles: *lóbulos cerebrales, cerebelo* (CON LA NOVEDAD *de los rudimentos de lóbulos laterales*), *lóbulos ópticos, lóbulos olfatorios, bulbo raquídeo, algún progreso en los ventrículos y las comisuras transversas del cerebro, los cuatro pares de nervios de sensibilidad especial, y los sensitivos y motores comunes proporcionados*, los mismos factores de encéfalo, ni más ni menos, que las dos CLASES de animales subyacentes. En muchas aves, en las carnívoras (rapaces), sobre todo nocturnas, es evidente ya la ondulación (*ligera, pero real*) de la superficie del cerebro, y la correspondencia de las arterias al fondo de estas ondulaciones, *primer vestigio de circunvoluciones y anfractuosidades*, que no se ve bien expresado hasta los géneros mamíferos superiores á los roedores. Medito acerca de esto, y veo simplemente en ello un aumento de la superficie real, sin ampliación de la superficie aparente, expresión de una ley económica que se verifica en los intestinos, en la piel de las palmas de las manos, en los pulmones.....; más breve: en toda la organización, sin que en ninguna parte implique cambio de *calidad* de los tejidos ni aparición de nuevos órganos, sino simplemente mayor grado de amplitud y potencia en la vida de los mismos.

Es, pues, muy poco lo que me dan las *aves*.

Emprendo la disección de los *mamíferos*; en todos los órdenes inferiores hallo la misma disposición fundamental que en las *aves*, que es á su vez la propia que la de los reptiles y los peces. Hallo *diferencias en tamaños y proporciones* tan solo; *pero anatómica y experimentalmente ninguna diferencia esencial*. Grande el cerebro, sí; grande en todos conceptos y relaciones, como en las *aves*, como en ellas ya viene á constituir el cráneo una muy notable parte del total de la cabeza, pero *objeto nuevo*, ninguno; solo al llegar á los roedores (conejo, ardilla, rata, etc.) puedo hallar constituidos por completo unos factores encefálicos que en rudimento hallé en las tres clases inferiores; así, hallo ya desarrollados los *lóbulos laterales del cerebelo*, bien constituida su *comisura transversal ó puente de Varolio*, unidos los hemisferios del cerebro por el *cuerpo calloso*, *multiplicados los cordones componentes del bulbo* y los *tubérculos ópticos*; veo algunos accidentes de forma subor-

dinados á estos objetos, y hallo, al fin, las *hondas circunvoluciones cerebelares* y *el rudimento inequívoco de las cerebrales* que, con algunos nervios de menor cuenta, completan estas diferencias en grado.

*Identidad fundamental entre el encéfalo del hombre y el de los brutos.*—Desde este punto en adelante, ni mi escalpelo, ni mis instrumentos ópticos y químicos, aciertan á descubrir una sola *novedad* más; por manera, que el examen de los géneros superiores de los cuadrúpedos (Feles, Canis, etc.), el de los diversos cuadrumanos, incluso el *orang-outang*, el *gorilo*, el *chimpancé*, etc., y EL DEL ENCÉFALO MISMO DEL HOMBRE, me autorizan para afirmar, y afirmo, yendo mucho más allá que el más extremoso positivista, y sin cuidado de que me desmienta el más consumado disector, *que el encéfalo mío está FORMAL Y SUBSTANCIALMENTE constituido como el del mono, del león, del tigre, de la hiena, del lobo, etc.*, los cuales á su vez le tienen fundamentalmente ajustado á los factores primordiales del *buho*, del *caimán*, de la *anguila*; MÁS grandor, MÁS circunvoluciones, MÁS hondura en las anfractuosidades, MENOS médula en correlación.....; en todo el MÁS y el MENOS aparecen á mi mente como el solo resultado positivo de tantas y tan laboriosas inspecciones del cadáver, y de tantos ensayos y experimentos hechos sobre animales de toda especie.

Así se está; á esto y no más se llega; pero yo reconozco bien que mi empeño científico no ha concluido aquí; que *mi problema* no se ha resuelto; pues el progreso que he logrado, si es grande en la ciencia que me conduce á la explotación inmediata de las cosas utilizables, no pasa, sin embargo, de un *simple preparativo* en cuanto al logro del anhelado fin.

*Límites filosóficos de la Anatomía comparada.*—A pesar de los experimentos más variados y rigurosos, la *Anatomía* no ha cambiado ni *mejorado* la calidad de sus respuestas del primer momento: *Tal nervio SIRVE para mover; tal otro SIRVE para comunicar ó determinar sensaciones; tales partes del encéfalo SIRVEN para poner en relación lo INTRÍNSECO del encéfalo con lo EXTRÍNSECO* (médula y nervios comunicantes), *y con los órganos en que éstos terminan; pero LAS VERDADERAS FUNCIONES DEL ENCÉFALO, las propiamente INTRÍNSECAS ó privativas, las que provocan, ocultas, los actos de movimiento, únicos que mis ojos ven, ni las conozco en su naturaleza, ni les puedo descubrir el verdadero asiento orgánico; de suerte que no sé, ni sabré nunca* (porque está en la naturaleza de la cosa), lo que pasa en el cerebro del *orang-outang*, como él no se ingenie y busque trazas para decírmelo. En este concepto toda la *Anatomía* y toda la *Fisiología comparadas* hubieran sido inútiles, si inútil fuera para el hombre el desengaño. Tratando,

pues, de aprovechar esta lección de la experiencia, y no cejando en el deseo de investigar lo más capital que me falta en el orden liberal del saber, determino recurrir á la observación y estudio de mis semejantes, ya que el mundo irracional no me contesta.

*Estudio externo de las funciones íntimas del hombre.*—El lenguaje, la expresión, los vicios, las pasiones serán para mí un tesoro inagotable de medios de observación para acabar el conocimiento de mí mismo y de la existencia toda. ¡Oh! ¡Naturaleza! ¡Naturaleza! ¡Largos años ha que me opones obstáculos, largos años ha que contestas á mi buena fe con decepciones! Yo te venceré: los hombres me revelarán lo que tu obstinación me calla. Venga el hombre real, el hombre vivo. *Vertebrados é invertebrados*, quedad en paz y sin recelo en vuestras madrigueras, en vuestros bosques, en vuestros mares; no os molestaré más, ya hallé lo que buscaba.

*Su limitación y su inutilidad filosófica.*—Emprendo con ardimiento mis estudios sobre los actos y las facultades del hombre; su palabra, su expresión son para mí perfectamente inteligibles; sus revelaciones serán la verdad.... ¡LA VERDAD! ¡tremendo desahucio! ¡no se me había ocurrido! ¡Habitado á tratar con la naturaleza, de suyo adusta, difícil, sobria, taciturna, terca sí, pero VERAZ, se me distrajo que los hombres poseen el raro y exclusivo *privilegio de mentir!* El hombre puede pensar, sentir y querer *algo* y no decirlo; el hombre puede pensar, sentir y querer *algo* y negarlo; el hombre, en fin, puede pensar, sentir y querer *algo* y substituirlo por la manifestación de lo contrario, de lo diferente, de lo distinto, de lo diverso; por manera que nada, absolutamente nada positivo, indubitable, puedo prometerme de la observación de mi semejante en estado de salud. Y ¿qué puedo esperar del estudio del hombre enfermo, si á veces anda, habla y no piensa (*sonámbulos, tifódicos*, etc.), y otras veces piensa y no lo puede expresar? (*parálisis diversas.*)

En esta situación, en esta decepción de la naturaleza humana, en este terminante desahucio á que me abandona el Universo entero, ¿*Quid faciendum?*.....

Pregunta es esta esencialmente solitaria, á la cual solo cabe solitaria contestación. Paréceme que no todo está perdido; paréceme que está en mi naturaleza el no poder quedar *solo* ni un momento. Observemos, Letamendi, observemos; si queda todavía qué observar.

### (Soliloquio.)

Prescindo buenamente del mundo; procuro acallar mis sentidos externos, aunque sin poner grande empeño en reducirles al perfec-

to silencio, que al fin y al cabo parte de mi persona constituyen; y si en esta soledad, en esta inacción sensitiva en que me establezco, no me afectan ni me estorban las cosas exteriores, ello es que en las mismas vislumbres, que en los mismos arcos de luz que se forjan mis ojos; en el mismo susurro del silencio que produce mi oído, como ávido de ejercicio; en medio de todo esto reconozco que percibo: que percibo fenómenos y convengo en que estos fenómenos nacen de mí; que no son realidad del mundo que me rodea; al paso que si suena la campana de ese reloj, distingo aquel sonido, y comprendo que si bien es función mía su percepción, se ajusta y sujeta á una realidad percibida..... En esto se me ocurre recordar mi caballo..... y comparece su recuerdo; su estampa, su forma, su pinta, hasta su genio y donaire, por ser mi voluntad poner su imagen en movimiento;..... en todo lo cual reconozco un hecho de memoria; realmente distinto del caballo recordado, y del acto de percibirle en su realidad; y observo además un hecho que podré llamar de memoria espontánea; pues ni he tenido que esforzarme para obtenerle, ni he puesto artificio en retardarle..... De improviso se me antoja aplicarle alas á *este* caballo y que se eche á volar.....; y aparece con alas y vuela.....; en lo cual distingo claramente en mí mismo un acto de imaginación; y tan positivo, que puedo, sin más que salir de este aislamiento, dibujarle y pintarle; nada le falta; tiene contorno, luz y colorido..... En esto se me ocurre, no sé por qué (ni me importa saberlo), el binomio de Newton, sin ningún motivo manifiesto á primer golpe, ó simplemente por un acto de voluntad: lo cierto es que aparece el binomio de Newton; y no solo *cuando*, sino *como* yo quiero; ora en recuerdo de los signos de la fórmula escrita, en cuyo caso aparece la imagen representativa de una cosa sensible; ora en recuerdo de la relación que expresa, y en esta relación ya noto la idea de una cosa esencialmente impalpable, ingustable, inodorable, inaudible, invisible; noción abstracta pura; mas no por esto menos positiva, como objeto inmediato de mi contemplación..... De ahí mi pensamiento se desliza en el campo de la geometría elemental, por cierta correlación genérica de ideas, y pienso en *el* triángulo, y veo que no es ningún triángulo; ó bien determino *un* triángulo.....; y ora se me representa en su valor, pero sin dibujo; ora en su dibujo prescindiendo de la consideración de su valor, por acto puro de imaginación..... Si quiero verle con dos ángulos rectos..... no puedo; vuelvo á insistir..... no puedo.....: mi voluntad, tan positiva, la reconozco aquí impotente, nula; de suerte que encuentro en el solo acto de pensar en este trián-

gulo un puñado de fenómenos, noción, recuerdo, representación..... etcétera, con más una *sanción intelectual* superior á mi voluntad; todo sobre la noción «triángulo»; nada sobre los cuerpos triangulares, ni las figuras reales de un encerado..... Párome á reflexionar que en mi soledad discuro; que enlazo ideas; que obro por mí; por una acción independiente de los objetos en que pienso..... Á todo esto se me ocurre imaginar que un día pueden ponerme preso y obligarme á que jure lo que no está en mis convicciones jurar; examinándome reconozco que soy capaz de dejarme matar antes que transigir con una indignidad, y al mismo tiempo que esto reconozco, y veo que lo sé de cierto, quiero apurar el supuesto; quiero ponerme á prueba; quiero llegar á darme palabra formal á mí mismo de que así procedería si el caso llegare; para lo cual me esfuerzo en imaginar el duro trance de la entrada en capilla, de la salida para el lugar fatal del suplicio; mi fantasía crea el cortejo, el teatino....., el cuadro....., el instante supremo.....: me ratifico.....; pero siento una horripilación glacial en todo el cuerpo; descubriendo en este hecho (entre mil fenómenos dignos de estudio), un caso de relación entre lo moral y lo físico.....: un pensamiento realizado por mi voluntad ha conmovido toda mi persona; ni un nervio, ni una gota de mi sangre se sustrajeron á su influjo; al paso que por esta sacudida se desprende del seno de mi pensamiento, cual gota fecundante, la noción que da vida á toda la moral..... la noción positiva del «*Deber*». «*Deber*»..... «*deber*»..... por asociación de ideas, ese «*deber*» me provoca repentinamente el recuerdo de que estoy en descubierto del pago de unos libros—¡vaya una caída!—y exclamo contrariado «mañana voy á pagarle la cuenta á..... en la *á* me quedo atascado; no puedo recordar el nombre del librero.....; Fivaller..... Beranger..... Balaguer..... ¡ah! ¡Verdaguer! Sí; Verdaguer..... Noto aquí un hecho bien positivo de conmemoración voluntaria, activa, laboriosa, metódica en su proceder, contingente en su resultado..... Un leve dolor de estómago interrumpe mis reflexiones: sé que es el vientre el lugar de la provocación de ese fenómeno; lo sé porque esta parte lo mismo que todas las de mi cuerpo, forma mi propio ser.....: siento que me duele.....; el dolor es leve, y, sin embargo, su influjo es más notable que el de otros dolores mucho más vehementes provocados en otros órganos, ¡qué especie de influjo tan singular!..... por él decaigo; por él se nubla mi cielo moral, hasta ahora tan sereno: la más tétrica hipocondría me invade todo; párome á pesar mío á considerar lo contingente é ilusorio de la vida; se me vienen delante la eternidad, el principio y el fin de las cosas, la nulidad de cualquiera

existencia por larga que sea; sucumbo al desaliento; todo interés se anonada ante mí; hasta pereza siento de proseguir viviendo.....; pero ¿á qué ese desaliento? ¿qué es lo que en mí pasa, sino un fenómeno de influencia de lo físico en lo moral?..... ¡Bah! ¡bah! quiero expansión; quiero recordar las escenas más ridículas; los chistes más irresistibles de nuestro Luis Olona.....; y lo recuerdo; y mis nubes se disipan; y acabo por alegrarme hasta reirme, á solas y todo..... Logro reaccionarme por completo; reconociendo en esta vuelta del ánimo á la serenidad un caso bien notable y positivo de la influencia de lo moral en lo moral, por un hecho de libertad explícito indubitable..... Mas como veo que tan allá alcanzo, empiezo á pensar: ¿qué es todo esto que se rebulle en mi interior? Por más que pienso en cosas determinadas, yo siento bien que todos estos objetos del pensamiento me son inherentes, inmediatos, que forman parte mía; y si no....., á ver.....; quiero ser yo mismo el objeto de mis pensamientos; como pudieran serlo el recuerdo, la noción ó el deseo de cualquiera otra cosa.....; dirijo sobre mí mismo esa especie de reverbero de mi linterna; conozco que estoy en el cráneo sin ser yo el cráneo.....; que actúa mi razón por el cerebro sin tener las propiedades del cerebro.....; que sí parece que estoy aquí....., aquí, en las tinieblas físicas; siento que me deslumbra la claridad moral.....; que desde este lugar sin forma ejerzo jurisdicción personal hasta en mi epidermis, término real de mi persona.....; y en estas reflexiones, en que me parece que me voy reduciendo á la última trinchera, se va haciendo el fenómeno intenso....., intenso....., intenso.....; comprendo que de ese solemne fenómeno soy yo á la vez autor, actor, censor, espectador, teatro y drama; todo idéntico, todo uno, todo simple, inmaterial, activo, libre. Naturaleza grita: «¡¡¡BASTA!!!»—El *hecho de conciencia* se ha cumplido en todo su esplendor: ¡¡¡EL ALMA MÍA SE HA PROCLAMADO Á SÍ MISMA!!!

### (Fin del soliloquio.)

*Origen solitario de la psicología.*—En la proclamación del alma por sí misma se consuman, de un golpe, el hecho empírico más positivo y la operación racional más fehaciente; no cabe fenómeno más inmediato, ni aserción más fundada. Ello es cierto, incontrovertible, que la observación interna es el coronamiento necesario de la construcción antropológica y de toda construcción filosófica, razonada y estable. No conozco otro medio de llegar á formar la historia de la filosofía empírica y la historia natural del hombre vivo, entrelazadas las

dos historias con el vínculo común de sus esperanzas, de sus tropiezos, de sus desengaños y de su progresiva reducción de arbitrios; nadie es capaz de lograr, nadie, señores, sin el coronamiento psicológico, no digo la construcción, sino ni tan siquiera los planos del templo de la Ciencia. Á buen seguro que en el seno de este auditorio, en donde se reúnen todas las competencias y todos los pareceres, no hay un solo hombre que no reconozca la sinceridad del procedimiento que estoy siguiendo, la realidad de las dificultades en que me he parado, la legitimidad de los recursos que el espíritu filosófico me ha sugerido. No quiero saber si he sido más ó menos cartesiano que Descartes; me es indiferente; en ciencia como en arte, no estoy por segundas ni terceras manos; á fuer de realista en toda la comprensión filosófica de la palabra, opto por el sistema de tomar los apuntes directamente de Naturaleza; y procediendo así, señores, y ya que en el camino de la ciencia me he encontrado el alma, la he tomado á ella misma por modelo de lo que á ella se refiere en este bosquejo de la *persona humana, real, viviente y pensadora*.

*Examen del espíritu humano.*—Poco provecho diera, sin embargo, mi ensayo antropológico, si, satisfecho con el descubrimiento y la posesión del espíritu, no pasase más allá de su simple afirmación, ó si tomando peligrosa senda, emprendiera sobre él lucubraciones gratuitas, nebulosas, poéticas, ó si siguiendo un camino estrictamente psicológico, me atuviese al estudio de las facultades del alma humana, útil ocupación por cierto, pero inconducente á mi propósito. No se olvide que nuestra cuestión pendiente versa sobre si es ó no específica y esencial la diferencia que media *de hecho* entre el hombre y las bestias; y siendo esta la cuestión, no solo no basta haber llegado á la afirmación de existencia del alma humana, sino que, fijándonos en la índole del tema, es menester examinar profundamente la naturaleza de los actos del espíritu y la excelencia de sus atributos, procurando no confundir *atributos* con *actos*, cosas tan distintas entre si como distintas son de vuelo las alas y las plumas que lo ejecutan. Propóngome, pues, hacer (si vale el sentido figurado), un ensayo de *Historia natural del alma*, una análisis moral que sea al espíritu lo que la anatomía y la fisiología son al cuerpo.

*Examen de los actos del espíritu: pensar, sentir y querer.*—Empiezo por el examen de los *actos*. ¿Es su caracter esencial, privativo del hombre? Veámoslo. Son *actos* del alma *pensar, sentir y querer*, y sobre la naturaleza de estas funciones morales reina tal confusión, que hasta de labios de personas muy doctas se oye afirmar que las bestias *piensan, sienten y quieren*, y que respecto del hombre los actos son los

mismos, sin más diferencia que la de «*que en virtud de la reflexión, el hombre PIENSA QUE PIENSA, SIENTE QUE SIENTE Y QUIERE QUERER*». Descifremos qué hay de verdad en este *galimatias*.

*Examen de los actos en sí.*—Tanto la razón teórica como la opinión práctica convienen en que *pensar, sentir y querer* son términos esencialmente reflexivos: quítese esta condición á cualquiera de estas nociones, y se nos van de la mente: no puedo conservar la noción del *pensar*, ni del *sentir*, ni del *querer*, si pretendo despojarlas del carácter consciente, reflexivo, ó sea: *de acto y presencia de sujeto* (que lo mismo da). La opinión vulgar viene en mi ayuda. Si yo pregunto á alguien: ¿Qué piensa V. cuando no está despierto, ni tiene ensueños? ese individuo quizás no me comprenderá. Se lo diré más claro: ¿Qué piensa V. cuando está profundamente dormido?—Convendremos todos en que se necesita ser filósofo á medias ó estúpido por entero para contestar: No lo sé.—Lo que me responderá todo el mundo, extrañándose de mi pregunta, será: ¡Hombre! ¡Entonces, no pienso nada!—Contestación forzosa, al par que digna de lo absurdo de la pregunta: pues es claro que lo que yo preguntaba en realidad era esto: ¿*Qué piensa V. cuando no piensa?*—Así, y solo así, lo traducirá el más ignorante, como tenga cabales las potencias. De suerte que, juzgando lo mismo por la razón que por la experiencia, siempre se viene á resolver el problema de esta manera, á saber: *que pensar, sentir y querer son términos esencialmente reflexivos, que no cabe pensar sin saber que se piensa, etc.*; de lo cual se deduce que estamos incapacitados para afirmar que pase en el interior de las bestias, ni siquiera de las más levantadas en su rango, nada que se parezca á la naturaleza de los actos internos del espíritu; y privados de aplicar á las funciones irracionales, con idea filosófica, ó en sentido recto, ninguno de los tres términos, ni de sus numerosas variantes gramaticales.

Justamente en estas verdades se funda lo que llamaré *base psicológica de la anestesia general*, para su atinada dirección en las operaciones quirúrgicas y demás aplicaciones. ¡Si ha habido desgracias, señores, por la administración indiscreta del cloroformo, lo mismo en América que en Europa! Y todo ¿por qué? Porque teniendo á su disposición los médicos una substancia que puede abolir, á voluntad del operador y por consentimiento del enfermo, el ejercicio de los actos internos (*Conciencia*), se va derecho á buscar el segundo período de cloroformización ó anestesia, y aun su transición al tercero, que es período mortal; no dando por suspensos los actos del espíritu sino en virtud de ver abolidas las manifestaciones exteriores que *parecen* expresivas de esos mismos actos; y es claro, señores, que procedien-



do así, para *creer* que el operado se queda *inconsciente*, es menester lograr que parezca *agonizante*, y mala cosa es, en verdad, en eso de agonías, la apariencia. No, no; la administración del cloroformo jamás debe llevarse, ni hay para qué llevarla, á esos linderos: basta el primer grado, ó el tránsito del primero al segundo, para suspender los actos de conciencia; en ese punto, la anestesia se tolera horas enteras, sin más que darse traza en permitir ligeros desahogos á intervalos oportunos, muy compatibles con la continuación del estado inconsciente. Pero he aquí lo que sucede, ó la causa material del error. Durante la operación (en el grado de anestesia conveniente), el individuo se queja y se agita; quejas y agitación engañosas, con todas las apariencias de conocimiento; dando completas las muestras de *sentir*, de *pensar* y de *querer*; ejecutando con una coordinación particular y admirable los movimientos, y hasta emitiendo razones: en una palabra, señores, manifestaciones como las del sonámbulo que tiene vigil el sistema animal motor, pero suspensa la conciencia; y que hace y dice y coordina ese difícil equilibrio, y ajusta á un fin sus movimientos con una discreción que asombra, y de que todos conocemos algún caso positivo, ó por experiencia directa, ó por explicación fidedigna. Tal está el enfermo en aquel grado prudente de la anestesia: como un sonámbulo, ó como un tifódico atáxico, parece que siente y no siente, parece que quiere y no quiere, parece que piensa y no piensa; habla con el operador; le pide que se detenga, que no empiece aún; se producen en aquella organización cuantos fenómenos externos pueden acusar conciencia. ..., y luego....., concluida la operación, amputado, v. gr., un muslo, vuelve en sí el individuo, y lo primero que se le ocurre es: «¡por Dios, no empezar, no; dejémoslo para mañana!» (ó cualquiera otra exclamación parecida); observándose constantemente que los operados se resisten á creer que ya esté pasado el trance, y declarando también todos, sin excepción, que nada, absolutamente nada *pensaron*, *sintieron*, *ni quisieron* en aquel interregno de su espíritu: y aquí, señores, no valen positivismos; en esto no cabe más notario que el testigo, ni más testigo que el *sujeto*.

Por donde se ve que el cuerpo humano funciona, en determinados casos, como el de los animales, y que, gracias á la reaparición de la conciencia, sabemos, por el mismo hombre, que ningún acto racional se cumplió en él, á pesar de las apariencias; que todo aquello fué un verdadero simulacro de raciocinio: y así pues, con mayor motivo diremos que en las bestias no se explica el *pensar* por el ladrar, ni el *querer* por el morder, ni el *sentir* por el gruñir, como así se pretende.

Y si se tratase de hacer investigaciones, de evidenciar lo que pasa en el *interior* de las bestias, no diré que hay mucha dificultad, sino *imposibilidad absoluta*; porque dado que me proponga pensar *en* perro, una de dos: ó *me paso* al perro, en cuyo caso no cuento nada después; ó me mantengo dentro del cráneo del perro, pensando como hombre, en cuyo caso me quedo como estoy, con mi ignorancia de lo que piensa el perro. En este particular no tenemos industria ni arbitrio para conseguir el fin; no podemos hacer más que bajar la cabeza, y decir: «*nada sabemos hoy; nada sabremos NUNCA.*» Una palabra más, señores, en pro del *pensar*, del *sentir* y del *querer* de las bestias, después de lo manifestado en contra, sería ya ociosa; hay necesidades que cuen por su peso, cuando se pronuncian con visos científicos. En una conversación se puede decir lo que se quiera; dentro de la ciencia solo es lícito afirmar lo que se sabe bien y puede ser demostrado.

Estas consideraciones sobre la naturaleza de los actos psicológicos nos llevan, como por la mano, á otras de igual especie y de no menos importancia; las cuales constituyen un eslabón en el encadenamiento de esta doctrina antropológica, y establecen el tránsito del estudio de los *actos* al de los *atributos* del alma: me refiero al examen de la *intervención de la imaginación en el lenguaje ordinario*, y á la influencia de esta intervención en los errores filosóficos que acabo de combatir. Examinaré sucesivamente: 1.º, *el fundamento racional de la aplicación que de nuestras facultades hacemos á las bestias*, y, 2.º, *el fundamento moral de la conducta que para con éstas se nos recomienda guardar.*

*Examen de los actos por el lenguaje.*—El vocabulario de una lengua medianamente rica viene á contener de cincuenta á sesenta mil términos; y de estos términos puedo afirmar, por estudios propios, (aunque no de una manera exacta, pues me apoyo en estudios de esos que uno tiene incompletos, en cartera), puedo asegurar, repito, que sobre un 3 por 100 del total de términos es *rigurosamente* psicológico: es decir; significativo de *acción de persona*, ó modificación del *pensar, sentir y querer*; ora substantivos, ora adjetivados, ora adverbios, ora, en fin, verdaderos *verbos*; siendo el resto de los vocablos derivado *directamente* de términos aplicativos á *cosas*, á *plantas*, á *bestias* y al mismo *cuerpo humano*. No obstante esta división, seca, completa, puede la *imaginación verificar transposiciones de términos*; ya con un fin *poético ó creador*; ya por *economía*; contando con la *sensata, común y rápida inteligencia de los hombres entre sí*, por efecto de una *convención tácita en el comercio vulgar de las ideas.*

Analicemos un momento y podremos llegar á un resultado por

cierto muy interesante. La *palabra* puede ser aplicada, primero, en *sentido explícitamente recto*; v. gr.: TU CARÁCTER ES CONSECUENTE, y entonces la locución es *estrictamente lógica*; y segundo por *transposición*, como anteriormente llevo dicho, ó *sentido figurado*, y entonces la locución es *retórica* ó *imaginativa*. En este *sentido figurado* cabe que aparezcan los términos bajo dos *modos* muy distintos: uno que llamaré *locución figurada explícita* (metáfora, alegoría, etc.); «v. gr.: tu carácter ES UN PEDERNAL», y otro que llamaré *locución figurada implícita*, verbi gracia: «ES muy DURO tu carácter». De la *locución figurada explícita* no puede originarse error, por lo mismo que en ella la impropiedad, ó el *hecho imaginativo*, va *explicado*; mas no sucede así con la *locución figurada implícita*, pues como quiera que por ella *no se explica la intención* del que habla, compete al *buen sentido* la sana interpretación. Llamemos á este modo *implícito* TRANSPOSICIÓN IMAGINATIVA, y experimentemos cómo se va con ella, lo mismo á la belleza artística que al error filosófico.

En la TRANSPOSICIÓN IMAGINATIVA, el que habla toma por sí (como quien dice, sin pedir permiso al oyente) el *atributo natural* de un *sujeto* cualquiera, se lo arranca, y le *pone* á aquel otro *sujeto* de que se trata; este es gran recurso de la *oratoria* y de todas las *representaciones artísticas*, ya *simbólicas*, ya *tropicas*, ó sea por *signos* y por *figuras*. (Aparte dejo ciertas *transposiciones imaginativas* que hace el hombre por aplicación de nombres de órganos de su cuerpo á las cosas inertes, sobre lo cual recuerdo haber leído excelentes observaciones en la *Scienza nuova*, de Vico, al tratar de los orígenes del lenguaje; sirvan de ejemplo: LENGUA *de tierra*, OJO *de puente*, BRAZO *de mar*, LOMO *de montaña*, etc. Estas transposiciones *nada dicen ni hacen* á mi propósito.) Fijémonos, pues, en las *transposiciones imaginativas* que nos deben ocupar, y que consisten en tomar un atributo psicológico derivado de *pensar*, *sentir* ó *querer*, aplicándolo á *cosas*, *plantas* ó *bestias*, ó viceversa, en tomar atributos de *cosa*, de *planta* ó de *bestia* y aplicarlos al *espíritu humano*. Pondré dos escalas de ejemplos, repitiendo antes lo que he dicho, á saber: que el *buen sentido* es el regulador, el intérprete del verdadero valor filosófico y práctico de esas libertades, que, ó por elegancia, ó por economía, ó con ambos fines á un tiempo, se toma el espíritu al dar forma al pensamiento, y el único juez de paz que dirime las contiendas que en la ciencia pueden originarse sobre la *verdad* y la *claridad* de los conceptos.

## EJEMPLOS.

CASO PRIMERO.—TRANSPOSICIÓN IMAGINATIVA de atributo ó facultad del espíritu humano á *cosas, plantas ó bestias*.

Sea el *acto* de QUERER.

Sentido recto:—*Juan no quiere estudiar*.

Transposiciones imaginativas.—Primera: *Esta silla NO SE QUIERE tener*. (El buen sentido lo deja pasar.)

Segunda: *Este rosal, por más que le riego, NO QUIERE crecer*. (También el sentido común lo deja pasar.)

Tercera: *El perro NO QUIERE entrar*. (El buen sentido se pone en guardia; de pronto, no ve *claro* si hay aquí intención *recta* ó *figurada*: CABE DISPUTA.)

CASO SEGUNDO (inverso).—TRANSPOSICIÓN IMAGINATIVA de atributos de *cosas, plantas ó bestias* al *espíritu humano*.

Sea el *acto* de RESPONDER.

Sentido recto: *Respuesta digna*.

Transposiciones imaginativas.—Primera: *Una respuesta AGRIA*. (Va tanta distancia de una contestación al vinagre, que el buen sentido deja pasar la libertad, por lo visible.)

Segunda: *Una respuesta FLORIDA* (pase también).

Tercera: *Una respuesta INSTINTIVA*. (El buen sentido dice: ¡ALTO!; si no se explica la *intención*, ya es posible LA DISPUTA.)

Ahora bien; ¿por qué no hay recelo ni posibilidad de disputa cuando se dice *el perro ladra, el león ruge*? Si nunca se disputa por estas locuciones, es porque en ellas se predicán *atributos positivos, privativos, demostrables, concretos, bien definidos por actos externos* del animal de que se predicán y que requieren verbos ó nombres expresamente consignados en todo vocabulario; verbos y nombres que el mundo entero acepta y usa *en sentido* á la vez recto y serio, al paso que si entre gente ruda, ó entre salvajes, ó entre niños, se le ocurre á alguien exclamar á la vista de un *grave* jumento, *¿qué es lo que estará PENSANDO este animal?*, una risotada estrepitosa será la *votación* del uso del término, *risotada en que va envuelta la declaración del absurdo que supone el SIMPLE PLANTEO de semejante cuestión*.

*Resumen del examen de los actos del espíritu*.—De todo lo cual se deduce:

1.º Que la *autoridad práctica* del género humano no reconoce *actos internos* ó psicológicos en las bestias, ni medios de demostrarlos, concretándose á los recursos de la *transposición imaginativa* para la

expedita y común inteligencia en todo lo que á las bestias se refiere.

2.º Que esos casos de *transposición imaginativa*, tan cómodos en el diálogo vulgar, son ocasionados á gravísimos errores de concepto, ya en la exposición, ya en la controversia filosóficas, errores prácticos unos, transcendentales otros.

3.º Que este peligro de error está en razón directa del grado que ocupa en la escala zoológica el animal á que se aplica, ó del cual se *predica* el atributo ó la facultad psicológica.

*Un corolario de moral indirecta.*—Sentado esto, fácilmente se comprende cuál es el *fundamento moral* del precepto que nos prohíbe dar mal trato á los brutos. No es que se funde ese precepto en un sentimiento de lo que llamaré *zooñlia*, ó amor á los irracionales, no; se funda en que el hábito de crueldad sobre esos seres, que dan apariencias de *pensar, sentir y querer*, predispone el corazón humano á la crueldad efectiva del hombre sobre el hombre. No se pretende con ese precepto lograr un acto de *caridad directa*, sino evitar actos *pre-disponentes* á la *inhumanidad*; y solo así se concibe que ese precepto de educación del sentimiento sea compatible con el ejercicio y hasta el hábito de la caza, con la autorización de la matanza para el consumo, y con los terribles experimentos á que las ciencias fisiológicas sujetan toda casta de animales vivos.

De mí sé decir que jamás he podido matar, ni ver matar, animal alguno que haya tan solo pernoctado en casa, ó llamado mi atención, ó merecido mis cuidados, como tampoco probar sus carnes; y sin embargo, ni una vez he sentido conmiseración por las *víctimas* que cuesta al reino animal mi alimentación, ni por los seres vivos que á mis estudios fisiológicos he inmolado; y esta contradicción aparente, por lo mismo que es tan general, corrobora la interpretación que he dado al fundamento moral del precepto de no inferir daño á las bestias, el cual es esencialmente *antropológico*.

He aquí, pues, lo que importaba investigar acerca de la *naturaleza de los actos psicológicos*, y de los *privativos* que son de la persona humana. No es culpa mía, señores, si ha ido penetrando mi escalpelo, hasta con cierta nimiedad, por esas fibras ocultas de la Gramática y la Retórica universales, verdaderos sistemas de organización de todo pensar discreto y útil. Me he creído obligado á ser prolijo porque, francamente, causa lástima el estado de la literatura filosófica; ó mejor, el estado de la educación intelectual de muchos filósofos. En tiempo de la *sofística* se cayó en la manía de querer conocer *el* EN SÍ *de la materia, subjetivándola*; y hoy, por el otro extremo, se ha dado

en la flor de pretender CONOCER *el FUERA DE SÍ del espíritu, adjetivándole*; así anda el positivismo contemporáneo permitiéndose afirmar de la residencia de los más dignos y sublimes sentimientos en el cráneo del perro; ¡y qué digo de los positivistas, señores, si entre los defensores de las buenas doctrinas son pocos, poquísimos, los que dan muestras de tener NOCIÓN CLARA del hecho de conciencia! ¡Si apenas hay psicólogos que de veras lo sean!..... ¡No se le ocurrió al distinguido Rémusat (del Instituto de Francia), hace unos tres ó cuatro años (lo leí, me parece, en *Le Correspondant*), la publicación de un trabajo con el título de *Investigaciones sobre los LÍMITES de la conciencia!!!*..... De fijo que Rémusat hubiese agregado su carcajada homérica á la de todo el Instituto en masa, si un día se le hubiese ocurrido á un geómetra presentarle un trabajo intitulado: «*Investigaciones sobre los LÍMITES de la circunferencia!*» Ambos objetos están, señores, en igual caso; los dos se definen por su simple enunciado. ¡Y no se le ocurrió ¡hasta á Flourens! al sensato, experimentado, erudito y declarado dualista Flourens, publicar un libro intitulado *Psychologie comparée*, es decir: tratado de las *almas comparadas* en la escala animal, frase absolutamente injustificable! No citaré más ejemplos; creo que con estos dos basta y sobra para mostrar la necesidad del detenido examen que acabo de hacer de la naturaleza de los actos psicológicos, por los errores á que conduce la imperfecta noción filosófica y experimental del *Hecho de Conciencia*.

*Examen de los atributos del espíritu humano.*—Hemos llegado ya al *Análisis de los ATRIBUTOS del alma racional*; última parte de este *Ensayo de Antropología*. Quisiera, señores, poder llegar á la altura y al resultado que la dignidad y la transcendencia del asunto reclamán. No sé si podré lograrlo con mis escasas fuerzas.

Procederé *en el método* como si tratase de un objeto de *Historia natural*, ya que el ser que analizo cabe en las clasificaciones ó categorías naturales; pero trazaré en el fondo su *Historia metafísica*, porque se trata del ser que constituye el objeto y fundamento de este orden de ciencias.

*Sinopsis previa.*—En la terminación del soliloquio ó experimento interno, el alma se ha reconocido UN SER INEXTENSO, IDÉNTICO, ACTIVO, LIBRE Y TRANSCENDENTE (ó ÁVIDO DE SABIDURÍA ABSOLUTA). Recordado esto, emprendamos la análisis rigurosa de todos estos atributos, examinándoles, uno á uno, profundamente, en sus resultados positivos.

*Unidad é inextensión.*—*Origen exclusivo de las Matemáticas.*—ATRIBUTO 1.º—*El alma humana, en cuanto ES UNA, INEXTENSA, Y SE RE-*

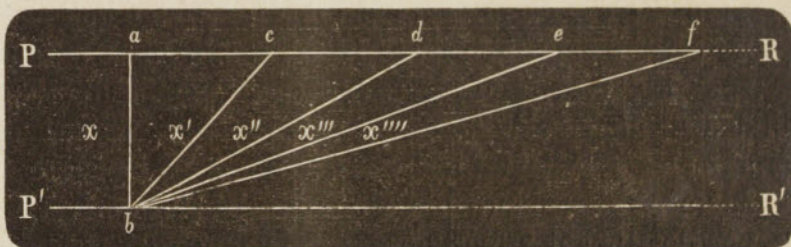
CONOCE TAL, ES EL ORIGEN EXCLUSIVO *de toda la ciencia matemática.*

Entre naturalistas, ¿quién habrá que alguna vez no haya tomado en la mano una de esas cristalizaciones luminosas, por ejemplo, de sulfato de cal, y empezando á dividir por dos, dividir por dos, dividir por dos, aquella masa de láminas, laminitas y laminillas, no haya concluído por impacientarse hasta arrojarla y hacerla añicos, con despecho, como quien dice, *¡anda allá, que no te entiendo!*—Esto le habrá pasado, de fijo, á todo observador, con una ú otra substancia; pues, en efecto, cualquiera cosa exterior ó accesible á los sentidos es divisible prácticamente por dos, por dos, por dos....., en una progresión cuyo fin no ve la razón humana. Así contemplamos las cosas inertes; y, en cuanto á las plantas, á los animales y al cuerpo mismo del hombre, si bien son indivisibles, en tanto que *individuos* ó cuerpos vivientes no lo son en absoluto, pues soportan diversos *modos* y *grados* de mutilación, como, por ejemplo, la divisibilidad natural de los vegetales y animales inferiores, la tolerancia de los animales superiores por las extirpaciones, resecciones y amputaciones; la susceptibilidad de conversión de *dos mitades de un hueso* normal en *dos huesos* anormales (pseud-artrosis por fractura abandonada), etc., etc., siendo, además, esos cuerpos vivientes, divisibles, en tanto que *cuerpos*, por dos, por dos, por dos....., sin que se vea el término. Por manera que *toda unidad percibida es unidad CONVENCIONAL*, *no REAL*, por cuanto el concepto de UNIDAD REAL supone UNA COSA ESENCIALMENTE INDIVISA É INDIVISIBLE. Solo el espíritu permanece *siendo y reconociéndose UNO, unidad real, indivisible*. Medio yo, no le concibo; medio agente del pensamiento no lo comprendo, ni en acto, ni en posibilidad. Esto da la experiencia rectamente interpretada; vamos á ver qué da el raciocinio.

Sea un cuerpo real, v. gr.; cúbico, y suponiendo que existe por nuestra voluntad, sea nuestra voluntad *anonadarle*; queda entonces en el espacio la *capacidad cúbica*, la caja, por decirlo así, que él ocupaba. He aquí la *extensión geométrica pura* en todo rigor de noción matemática. Ese *sólido geométrico negativo* se compone de *planos*, los planos se forman de *líneas*, las líneas de *puntos*.... Y el *punto*, ¿qué es? Una de dos: ó es *cero extensión* ó *minima extensión*; lo primero repugna, porque 
$$\left. \begin{array}{l} 0 \times 0 \\ 0 - 0 \end{array} \right\} = 0;$$
 con *cero* extensión no se determina extensión. ¿Será, pues *minima extensión*? Entonces pregunto: ¿es reductible el *punto* á *unidad real* indivisible?

Sean paralelas  $PR$ ,  $P'R'$  y sea  $ba$  su secante perpendicular. Demos por hipótesis el número  $x$  de *puntos* ó *unidades reales* geométri-

cas que componen la línea  $ba$ , de modo que  $x$  será la expresión del número máximo real de líneas matemáticas que cogen en el espacio interparalelo  $PP'$ , ó  $ba$ , ó  $x$ , que es lo mismo, siendo  $x$  y  $ba$  equivalentes. Ahora bien; el número  $x$  (ó máximo hipotético) de líneas interparalelas es evidentemente *el mismo* en toda la extensión  $PR$ ; las mismas, ni más ni menos, apoyan su paso en la línea secante  $ba$ , que en la  $be$ , que en la  $bd$ , etc., á razón de un punto de cualquier secante por cada punto de paso de cada línea coparalela determinable, resultando por este concepto:  $x=ba=bc=bd=be=bf\dots$ , mientras que (si se reflexiona bien) por la misma hipótesis que fija el número  $x$  de *puntos reales* para la línea  $ba$  en razón de su longitud, debemos fijar  $x'$  para  $bc$ ,  $x''$  para  $bd$ ,  $x'''$  para  $be$ ,  $x''''$  para  $bf\dots$  en progresión creciente, por razón del aumento sucesivo de longitud de  $bc$ ,  $bd$ ,



$be$ ,  $bf$ , etc., efecto del de oblicuidad (lo cual es evidente por sí); de suerte que, mientras con relación al *máximo* de puntos  $x$ , tenemos  $ba=bc=bd=be=bf\dots$ , nos resulta, por efecto de la *oblicuidad*,  $ba < bc < bd < be < bf\dots$ ; ó sea: QUE LA LÍNEA  $ba$  ES AL MISMO TIEMPO IGUAL Y MENOR QUE LAS  $bc$ ,  $bd$ ,  $be$ ,  $bf$ , etc.; lo cual es absurdo. Y como ya hemos visto que no caben más que dos términos: ó el punto matemático es *cero extensión*, ó *mínima extensión*, y lo uno es absurdo *á priori* y lo otro absurdo *á posteriori*, se deduce: *que ni comprendemos, ni podemos comprender nada de la naturaleza de la EXTENSIÓN*; que si es posible la ciencia geométrica, lo es á condición de hacerle aplicación impropia, por *transposición imaginativa*, de unas *unidades* sacadas de la naturaleza *una* de nuestro espíritu, la sola *unidad real* que conocemos; y finalmente, que por la aplicación de este atributo del espíritu á los elementos de espacio, la imaginación crea el *punto*; convirtiendo *gratuitamente* la *línea* en *puntuaciones*, la cantidad continua ó *concreta*, en cantidad discontinua ó *discreta*.—En suma: *el alma no puede legitimar la Geometría, si antes no reconoce su propia naturaleza*.

Toda esta demostración es el fruto de las meditaciones á que me



provocó años ha la lectura de un pensamiento de Pascal, uno de los más concisos, y quizás el más preñado de todos sus *pensamientos*. Dice así: «*Les nombres mesurent l'espace, qui est de nature si différente.*» Si algo vale, señores, el análisis que acabo de hacer de la naturaleza de la extensión, declaro que lo saqué de ese «*si différente:*» en él está, en mi concepto, la semilla de toda una Metafísica del cálculo.

Como corolario de la demostración que acabo de hacer, sentaré las siguientes deducciones, que juzgo del mayor interés:

1.<sup>a</sup> Que la extensión es irreductible á números, ó sea la Geometría á la Aritmética.

2.<sup>a</sup> Que esto explica, á la vez, la *utilidad* y los *límites* de la *aplicación del Algebra á la Geometría*.

3.<sup>a</sup> Que siendo las líneas irreductibles á *puntos*, ó *unidades reales*, no hay humano medio de *hallar* relaciones aritméticas directas entre dos líneas, pues unas por otras no dan cociente.

4.<sup>a</sup> Que esto explica por qué en *Trigonometría* jamás se relacionan entre si las *líneas*, sino sus *cuadrados* ó sus  *cubos*, cuyos elementos respectivos son líneas y planos reales, relacionables como *totalidades de longitud*, no como *sumas de puntos*, teniendo que recurrirse, en las artes, á las *relaciones lineales* por unidades, no *reales*, sino *convencionales* (milímetro, palmo, grado, pulgada, etc.).

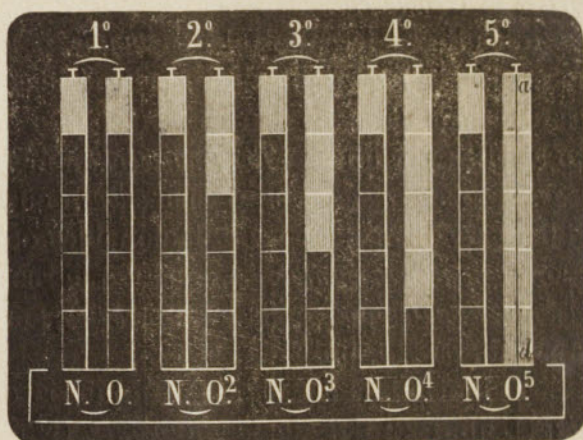
5.<sup>a</sup> Que esta irreductibilidad de la línea á puntos es la razón del *cálculo diferencial* (Leibnitz); del de las *fluxiones* (Newton); del de las *funciones analíticas ó derivadas* (Lagrange); del de los *indivisibles* (Cavalieri); del antiguo *por exhaustión* (Euclide); etc.

Demostrado que la *unidad real* no es elemento racional de espacio, ó en otros términos, que la idea de *cantidad concreta*, sacada de la extensión, es contradictoria de la de *cantidad discreta*, sacada de la naturaleza del espíritu humano, único ejemplar que de ésta conocemos, procede reproducir el cubo material que habíamos anonadado, y examinar la naturaleza de este *sólido físico ó positivo*.—«No hay que examinarle (se me replicará); el átomo es el elemento real, la unidad material ó de *ocupación de espacio*; la química moderna lo tiene demostrado, y ¿á qué remover lo positivo?»—Pues quiero remover lo positivo, porque dista mucho de serlo para mí.

¿Qué es la análisis química cuantitativa?..... ¡Si no es más, señores, que una simple relación geométrica! Esto es bien fácil de evidenciar. Sea la análisis de los compuestos de *oxígeno* y *nitrógeno* (ázo).

Por la figura adjunta se ve que entre los elementos de cada *par de probetas* (1, 2, 3, 4, 5), lejos de hallarse relación *aritmética* ó de uni-

*dades reales* (átomos), lo que se halla es relación geométrica ó de volúmenes, representado por las alturas *ad* de las capacidades cilíndricas de las campanas, relación que solo se establece y solo es posible por *unidades convencionales* (como ya he demostrado), procediéndose del mismo modo cuando se relaciona ó analiza por pesos, que cuando se verifica por volúmenes, con lo cual se patentiza que *nada de positivo tiene el átomo en química*; nada, nada, como resultado de demostración, ni empírica ni racional. Lo único que hay de positivo sobre la noción de la naturaleza del sólido real y de su *ocupación de espacio*, es que mis ojos le ven, mis manos le tocan; le trituro, le de-



1.º Protóxido de nitrógeno.—2.º Deutóxido de nitrógeno.—3.º Ácido nitroso.  
4.º Ácido hiponítrico.—5.º Ácido nítrico.

rrito, le evaporo, le vuelvo á condensar y solidificar; siempre me queda *ocupación de espacio*; le comprimo con las manos, le reduzco por la prensa hidráulica; cuando apuro las fuerzas mecánicas acudo al enfriamiento, y antes se me concluyen los recursos de perfrigeración que la *ocupación de espacio*; y finalmente le reduzco más y más y más por la imaginación, que es la más poderosa de las prensas....; siempre me quedo imaginando *ocupación de espacio*. Tal pertinacia me lleva á la *CREENCIA* de que los elementos de la materia son *unidades reales, esencialmente indivisibles*; creo que existen; creo que no las veré nunca, pues si las viese, las vería con forma geométrica, y por lo mismo divisibles; y, no obstante, digo y sostengo que tienen forma geométrica; que la *suma de ocupación de espacio* se compone necesariamente de *unidades reales de ocupación de espacio*, las cuales (átomos), si por la forma geométrica pura reconozco que serían divisibles, creo que por su calidad son indivisibles, deduciendo de esto *dos*

naturalezas reales, *esencialmente distintas*, á saber: el espíritu *uno, real, inextenso*, y el átomo *uno, real, extenso*.

Y es aquí lo notable, señores, que la noción del átomo, ni resulta experimental ni demostrativa, sino que el entendimiento adopta una forma de certeza *ad hoc* para la *afirmación del átomo*, siendo su noción entre el vulgo de los hombres tan antigua como el pensar; de suerte que, á despecho de la sentencia de Aristóteles, y reduciendo sin cuidado los límites que le trazó Leibnitz, puede proclamarse: «*Aliquid est in intellectu quod prius non fuit in sensu.*» ¡Y qué *aliquid!* ¡Nada menos que el *átomo!* Si; el elemento de todo cuerpo se entró en mi entendimiento sin pagar contribución á mis sentidos, ni retroceder ante los absurdos que sobre la existencia atómica demuestra el análisis de la forma pura ó geométrica.

En conclusión: el alma humana, desde el momento en que se reconoce *una é inextensa*, saca de su naturaleza la noción del *número (cantidad discreta)*; reconoce en la materia la *extensión* como cantidad esencialmente distinta del *número (cantidad concreta)*; crea por la primera la *Aritmética* (por uno, más uno, más uno: ó menos uno, menos uno), y por la segunda la *Geometría*; y como quiera que no puede el espíritu entender la esencia de la *ocupación de espacio*, ni puede tampoco negarla, concluye afirmando del *átomo* en Física y del *punto* en Geometría (lo cual convierte la *cantidad concreta* en *cantidad discreta*), y operando en la forma de múltiplos y cocientes, ó sea  $x \cdot z$  ó  $\frac{x}{z}$  *hace del número materia geométrica*; crea de golpe la multiplicación y la división, poderosos recursos aritmético-geométricos, abriendo por ahí el paso al Álgebra y á su aplicación á la Geometría. No sé hallar, señores, otro camino que el que acabo de seguir para llegar á darme razón satisfactoria del *origen de las Matemáticas*, de su *distinción en Aritmética y Geometría*; de la *diferencia esencial de entrambas*; del *origen del Álgebra*, y de los motivos de *necesidad é impropiedad, fecundidad y limitación de las aplicaciones de ésta á la Geometría*. Quienquiera que sea, que derribando la doctrina que acabo de exponer, me demuestre que estoy en un error, puede contar con mi agradecimiento.

*Substancialidad.—Origen exclusivo de las ciencias substanciales y de su división clásica.—ATRIBUTO 2.º—El alma humana, en cuanto ES UN SER ó substancia y SE RECONOCE TAL, ES ORIGEN EXCLUSIVO de las Ciencias substanciales y de su clásica división en físicas y metafísicas.*

El espíritu se pone en relación *consigo* y con el mundo (ó lo que no es él); y como no puede, aunque quiera, obrar como si él fuese otro ser, resulta que *de un golpe* la experiencia humana saca la evidencia

de dos naturalezas ó substancias; la interna y la externa; la de sí y la del mundo. En este terreno, el escepticismo idealista y el transcendentalismo no pasan de un juego de niños grandes (haciéndoles favor). Ahora bien; el alma solo conoce de las cosas los atributos, el sujeto no; por lo cual no puede extraer de la experiencia externa más que leyes ó relaciones de fenómenos, al paso que conoce de sí misma atributos y sujeto, gracias á lo cual extrae de sí, no solo *leyes*, sí que también *principios* ó verdades inmediatas, siendo *fenoménales* las primeras, *esenciales* las segundas; sirvan de ejemplos la LEY de asociación de las ideas (resultado de observación ó *á posteriori*), y el PRINCIPIO de contradicción (fundamento de raciocinio ó *á priori*). Añádase ahora al peso de esta consideración la natural invencible certidumbre que tenemos de la realidad de la substancia material (en virtud del principio de que *todo atributo supone un sujeto*), y la de que la *esencia* de la materia es distinta de la del espíritu (en vista de la *incompatibilidad absoluta* que hay entre los atributos de éste y los de aquélla), y cae por su peso la verdad de que las ciencias substanciales y su división clásica arriba dicha se fundan en la substancialidad especial del alma. Ella es objeto de la *Psicología (Metafísica)*; ella, afirmando por contraste la existencia de la materia, crea la *Física*; ella, finalmente, al ver que de la naturaleza física solo saca lo *contingente*, y que la suya propia le sugiere además de lo *contingente* lo *necesario*, reconoce en la METAFÍSICA, ó ciencia del alma dos aspectos: uno de forma empírica, por ser de observación de las *contingencias*, y otro de esencia racional, por ser especulativo ó transcendente sobre lo *necesario*.

Es, pues, la distinción substancial de espíritu y materia el doble puntal en que descansa todo el edificio empírico. «Puntal» he dicho, y bueno será, señores, que no pase esta palabra como un abuso retórico. Afirmo y sostengo, contra el espíritu filosófico dominante, que las ciencias experimentales no tienen vida propia, ni pueden ser base legítima de doctrina fundamental. Con la historia en la mano demostré ya cuán mudables son los pareceres sobre el número de substancias ó seres simples contenidos en la naturaleza; con qué facilidad lo que ayer fué reputado simple, hoy es tenido por compuesto y viceversa; y pues á nadie es dado clavar la rueda del progreso, nadie puede convertir en fundamento de doctrina un momento histórico de la experiencia; intentarlo valdría lo mismo que levantar una ciudad sobre las montañas de nieve de un ventisquero. Hay más: si con la historia se demuestra esta verdad, con el examen directo de las substancias mismas se corrobora, y sobre este punto, señores, recla-

maría la atención de ustedes, si mayor cupiera que la que se sirven prestarme.

La ideología y la química están atestadas de seres ó entes de razón, substancias convencionales ó que existen por pura gracia del entendimiento humano.

Espacio, tiempo, idea, persona jurídica, definición, amor, virtud, etc., etc., etc., ¿qué son sino *falsas substancias*, ó mejor, términos significativos de substancias imaginarias como tales? *Actos, efectos.....*, no *substancias*, he aquí lo que son; y mientras por un lado la ideología está poblada de seres impropios, creación humana, la química con su amoníaco, su aire, su agua, su estrignina, su atropina, su codeína, etc., etc., ¿qué hace más que *disfrazar de substancias ó de seres simples*, cosas que hoy se sabe que no lo son y que ayer se creyó que lo eran? ¿Y á qué ese desbarajuste de ideas y de términos? ¡Ay, señores! Cuando no engaña la ignorancia, obliga la necesidad. Supongo que en mis investigaciones hallo una cosa cualquiera, un cuerpo que posee una propiedad venenosa que se revela por síntomas espasmódicos; le creo simple y le llamo *estrignina.....*; otro día descubro otro cuerpo, también venenoso, pero que desenvuelve síntomas completamente opuestos ó de laxitud; también le tomo por cuerpo simple, y le llamo *atropina*; llega el análisis, los descompone, y encuentro que no hay tales seres simples, sino grupos de átomos de oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono, y que las grandes diferencias de propiedades y virtudes penden de mezquinas diferencias de cantidad en los factores. Así, la *atropina* tiene por fórmula  $C^{34}, H^{23}, N O^2$ , y su antagonista la *estrignina*  $C^{42} H^{22} N^2 O^4.....!!!$

Disipada la ignorancia, ¿puedo andar acaso con todos los exponentes diferenciales en la memoria? ¿Podré materialmente sostener una hora de explicación ó de lectura, expresando las cosas por sus fórmulas? Es imposible. Si el entendimiento descompone, viene en cambio la imaginación y recompone, y gracias á esa imaginación tan calumniada, señores, por derrochadora, y tan económica y práctica por su naturaleza y su fin, es posible conservar como entes de razón complexos las nociones de aquellos cuerpos que un día parecían simples. La química orgánica vive y habla gracias á este desahogo lógico. De otra suerte la fórmula de una simple *rosa* exigiría largas páginas para ser escrita, y muchas horas para ser enunciada. No; no podríamos hablar de nada. Resulta, pues, que la ciencia de lo contingente no puede ser fundamento de Doctrina; porque la misma contingencia de su objeto y la intervención forzosa de la imaginación en éste la invalidan para ello. La ignorancia de estas

verdades, tan palpables, constituye la mayor de las tentaciones con que el positivismo brinda á la juventud á abrazar el partido del materialismo filosófico. ¡Oh! sí: escuchemos al positivista y él mismo nos probará que solo conoce la verdad de los hechos, ignorando por completo la razón fundamental de esa verdad.—«Si los principios orgánicos de *la rosa* (dice el positivista) son entes de razón, substancias ficticias, compuestas, también lo será *el rosal*, que, al fin, es un compuesto de estos compuestos.....;» y el discípulo contesta:—«Tenéis razón.»—«Entonces, prosigue el positivista, si los principios inmediatos del organismo son igualmente entes de razón, agrupamientos de simples, fórmulas químicas y no más, también los pólipos serán fórmulas vivientes y no seres.» Y el discípulo contesta:—«¡Sí, sí! también.»—«Y serán fórmulas vivientes el pez y el reptil.»—«Sí.»—«Y el ave.»—«Sí.»—«Y el ballenato, y la foca y el murciélago y el castor.....»—«¡Sí, sí!»—«Y el tigre y el lobo.»—«¡Sí, sí!»—«Y el orangutang.»—«Sí.»—«Y el chimpancé.»—«Sí.»—«Y el Hombre.....»—«¡ALTO!» replico: «Yo no. Yo soy quien afirma del ser de las cosas, porque el ser inteligente está en mí; yo soy el sustentáculo científico de todas las substancias demostradas ficticias, y de cuantas la experiencia pueda un día reducir á tal condición. Tranquilo espero el fallo de la ciencia en los siglos; me importa poco que mañana se demuestre que el oxígeno es un compuesto, ó que pasado mañana se descubra que el yodo y el bromo, el cloro y el azufre, son distintos estados de un ser idéntico. *Si yo no fuese UN SER REAL, no habría apoyo racional para la noción de SERES FICTICIOS*: el eje de esa rueda de verdades empíricas soy yo mismo; pues al afirmar de mi ser, afirmo de la materia, de ese otro ser que veo en el espacio; y en esa afirmación, necesaria y simultáneamente doble, proclamo el *Dualismo fundamental*; de suerte que el día en que me nieguen á mí, yo no tengo que apelar á más venganza que asirme á esa negación y haciendo crujir de alto á bajo el edificio entero de la ciencia, exclamar como el atleta de la Biblia: «¡Aquí murió Sansón con todos sus filisteos!»

Juzgo suficientemente demostrado lo concerniente al origen psicológico de las ciencias substanciales, y á su división clásica, necesaria, aborigene en físicas y metafísicas.

*Identidad.*—*Fundamento exclusivo de la noción jurídica.*—ATRIBUTO 3.º—*El alma humana, en tanto que ES idéntica y SE RECONOCE TAL, ES FUNDAMENTO EXCLUSIVO É INDESTRUCTIBLE de la noción jurídica (derecho y deber).*

Una rueda de coche es *idéntica* desde que, concluida, se la coloca

en el eje, hasta que de puro desvencijada se queda un día hecha astillas en la calle; pero el alma humana, no solo *es idéntica*, sino que *sabe que lo es*; lo cual constituye la *verdadera identidad*, y el fundamento de la noción jurídica. Y al positivista que dijese: «¿y qué sé yo si soy idéntico?» se le debería responder lo que una vez oí de labios de una persona, cuyo nombre siento en el alma no poder citar: —«¡Ojalá, replicó, que estando en descubierto con usted de algunos miles de duros, me hablase usted de esta manera!»—Y en verdad, fuera una ganga para cualquier trampeador el dar con acreedores positivistas, si tales hombres tuviesen la consecuencia de proceder conforme á lo que se figuran pensar. *Negada la identidad, queda abolida la responsabilidad*: esto es axiomático. La responsabilidad es el deber de rendir cuentas del pasado; y es evidente por sí, que si el hijo no responde de la madre, porque no hay identidad personal, tampoco mi persona de hoy debe responder de mi persona del mes pasado, si entrambas no son una, idéntica. Se dice, con una resolución que pasma, que el pensamiento es una secreción del cerebro.....: aprendamos á hablar si deseamos entendernos: un *pensamiento* solo puede ser *función de un pensador*: esto da la lógica, y esto es lo que supone demostrado el derecho constituyente y constituido de todo el orbe jurídico. En ventidós años de estudios anatómico-fisiológicos, solo me atrevo á decir: «*el cerebro es el órgano de los actos racionales del alma.*» Esto es lo cierto; esto es lo proclamado por el sentido común, lo acreditado por la fisiología y lo compatible con el derecho. Y si no veamos: *disuelta* el alma como sujeto, negada su identidad, ¿qué hacemos? Ocurre un *asesinato*; al mes es habido el presunto *asesino*; somos Jurado; tenemos delante un *órgano* y una *función*, un *cerebro* y un *pensamiento*. ¿Castigamos á la función? No; á nadie se le ocurrirá castigar *AL asesinato*. ¿Y quién tiene cara para procesar á un *acto* y condenarle á garrote vil? Nadie que esté en sano juicio. ¿Será, pues, responsable el cerebro? ¿Y es acaso el cerebro un ente real, es decir, uno, idéntico? No es *uno*, porque consta de muchas partes, ni es *idéntico*, porque su materia se renueva de continuo como en toda organización. Así es que por el primer concepto, cada parte cerebral nos daría en la indagatoria un dato aislado, de tiempo, de nombre, de lugar, de movimiento, etc., inhibiéndose de la relación de los datos con el crimen en cuestión, verdadero cuerpo de testigos, que solo evacuaría citas jurídicamente inertes, nunca jamás produciría ni la frase implícita de la convicción, ni la explícita de la confesión. Por el segundo concepto, ó del continuo cambio material del cerebro, ignoro con qué razón, en derecho, haríamos responsables á los átomos

de fósforo, carbono, oxígeno, etc. (factores cerebrales, presentes hoy), del crimen cometido por una calaverada del fósforo, carbono ú oxígeno, etc. (componentes cerebrales del mes pasado); como no fuera á organizarse un ramo de *policía química* que anduviese dando mal tiempo á esos diminutos criminales, allá en el escondrijo de un grano de trigo ó del ojo de una col, único medio de hacer *efectiva* la responsabilidad en la *identidad* de la materia culpable. De lo contrario, castigar al organismo de hoy por las tropelías que cometió el de ayer, es como constituirse el Tribunal en una casa-fonda, y condenar á los transeuntes actuales, solo porque en otro tiempo estuvo alojado en ella un asesino. Si alguna responsabilidad se exige á las fondas, es porque en ellas se encuentra un ser permanente, el alma del fondista, y ella es la que responde, en virtud de su identidad, de lo que en aquel lugar pasa, ó por efecto de su mandato, ó á la sombra de su consentimiento....., y *de nada más*.

Insistir sobre este particular sería ofender el buen sentido de este respetable auditorio.

Y puesto que de prenociones jurídicas hablamos, me atreveré á sellar este bosquejo con una reflexión importantísima, concerniente al derecho político.

Si á la *persona humana* le negamos el alma, con todos sus atributos esenciales, negamos, *ipso facto*, la *naturaleza específica del hombre*, reduciendo todo su ser á simple diferencia en grado entre él y los demás seres vivientes. Entonces..... ¡oh!.....; entonces, señores, una de dos: si la superioridad en grado se juzga *de hecho* origen *de derecho*, puedo esclavizar al negro bozal, que de hecho es inferior á mí; si la inferioridad en grado se reconoce *un hecho*, pero *sin perjuicio del derecho*, entonces los orangutanes pueden ser elegidos diputados á Cortes.—No hay más, señores; ó aceptar la lógica, ó arrojarla por la ventana al pozo. Borrada la noción de *especie* humana, que descansa exclusivamente en la naturaleza del alma, todo lo demás es convencional, pues no veo fuera de esto, razón natural plausible, ni para liberalizar al hotentote, ni tampoco para esclavizar al chimpancé, cuestión de más y menos, cuestión de apreciación; en esto, como en todo, el panteísmo está incapacitado de llevar á la práctica sus ideas; solo el *dualista*, que distingue entre el Hotentote, que es inferior á nosotros *de hecho*, pero no de naturaleza, y el chimpancé, que es inferior á nosotros *de hecho* y *de naturaleza*, puede lógicamente ser *liberal*. Claro y limpio, señores; un positivista liberal es á mis ojos el producto más abigarrado que puede engendrar la pseudo-filosofía; y si tentado está uno á veces por conceder á esos *soi-disant* pensadores el



derecho de negar la identidad humana, es porque en verdad no acreditan mucho la suya en sus opiniones. Cuando el positivismo suba desembozadamente á regir los destinos de Europa, á nombre de la libertad, ó habrá que escribir á los cosecheros de las Antillas que se tranquilicen, pues quedan más garantidos que nunca sus derechos sobre la gente de color, ó habrá que aconsejar á la *Lógica*..... que emigre.

¡Ah, señores! ¡Cuántas *sandeces* encierran los sistemas ignoradas de sus mismos partidarios, y raras veces descubiertas por la crítica, como no hunda ésta su escalpelo hasta las entrañas mismas del sistema!!!

*Actividad: Origen exclusivo del Arte y de la Industria.*—ATRIBUTO 4.º—*El alma humana, en tanto que ES activa y SE RECONOCE TAL, es origen de una CREACIÓN FORMAL continua, produciendo en el mundo físico LA INDUSTRIA y en el moral EL ARTE.*

Esto es tan cierto, señores, que hasta en la busca y determinación del *hombre fósil* (cuestión que hoy día está sobre el tapete), nadie se ha atrevido á dar por resto humano lo que no se presenta acompañado de productos de razón; es decir: que ha sido menester encontrar, además del esqueleto, una flecha, un hacha de pedernal, un mal dibujo rayado, aunque sea tal que no lo aceptase el arte infantil más rudimentario: débiles tanteos, por donde queda consignada la propensión natural del alma á *crear*, á *producir*.—CREACIÓN FORMAL he llamado el resultado de la actividad del hombre, porque éste siempre actúa sobre una materia primera, ya existente, y que representa en la Industria y las Artes lo que la «materia prima ó informe» (Escolástica) en la *Creación original*.

A título de economía; con el fin de poder tratar de una vez todo lo referente á la Industria y al Arte, fijémonos en su sintético producto. El tipo del ejercicio de la facultad creadora del hombre; el que reúne en sí toda la influencia de las artes útiles y de las artes liberales, en el orden material, y toda la vida de la inteligencia y del sentimiento, en el orden moral, es sin disputa alguna la *Arquitectura*. Ella es el primero y el último *fiat* de la *humana creación*. Estudiémosla; que en ella todo está.

Así como el molusco echa fuera su *manto* para ir segregando poco á poco la concha protectora; dando con esto una muestra, al par que de la suma blandura de su naturaleza material, del gran vigor de su fuerza de vida; lo uno por la necesidad de la protección, lo otro por el poder de proporcionársela; así también parece que el Espíritu humano saca fuera de la persona, y extiende sobre ella su manto racio-

nal, su manto poderoso; y poco á poco, en una serie de siglos y más siglos, llega á saber construir un verdadero *esqueleto*; una construcción exterior, que resume, á la vez, la expresión de su debilidad física, que debe guarecerse, y la de su inmenso vigor moral, que siente necesidad de ostentarse. Nació el hombre con un fuerte esqueleto interior para guarda y custodia de aquellas partes nerviosas que forman el centro directivo de las funciones orgánicas; mas por de fuera no tiene sino una tela epidérmica, debilísimo trasunto del esqueleto exterior que en los invertebrados, y en muchos vertebrados, llega á formar un verdadero testudo, que, cual el de la tortuga, sirve de abrigo y de defensa á un tiempo; pero nació con un alma *activa*, que halla en el mundo materia inagotable á que aplicar su acción, y esto le basta y sobra para formar unas construcciones, que así proclaman la noble naturaleza y las altas tendencias del artífice, como protegen su existencia con más eficacia que el ciego instinto de conservación. Aquí el *palacio corintio*, para honra de la ciencia; allí la *nave gótica*, para templo de la fe; allá la *construcción bizantina*, ostentando hermanados todos los primores de lo sensible y lo sentimental; acullá una cabaña, que sobre ser cabaña es hermosa, y sobre ser hermosa expresa su destino, y el pensar y el sentir de sus felices moradores; do quiera se levanta un edificio, parece que uno oiga, en armoniosos coros, los quejidos de la debilidad física y los cánticos de la expansión moral. Columnas, capiteles, frisos, estatuas, pinturas y relieves: inscripciones, motes, jeroglíficos, imágenes simbólicas, enlaces de ornamentación, á que concurre la inagotable y simpática facundia del reino vegetal: utensilios, enseres, instrumentos diversos, departamentos varios, que expresan bien el fin que han de llenar: jardines, alamedas; todo, todo, señores, acusa por su presencia la flaqueza del cuerpo del HOMBRE-CRIATURA, y por su expresiva forma la actividad potente del HOMBRE-CREADOR..... Tal es el *artefacto físico-moral* en que los brazos petrifican sus jornales, la mente sus más grandes invenciones, y el corazón sus más nobles sentimientos.

En este concepto, señores, el hombre es la sola criatura que *trabaja*; pues á mi juicio *trabajar es actuar con inteligencia y propósito final*. La *abeja*, el *castor*, los *animales todos* actúan de un modo fatal y ciego, por una ley invariablemente impresa en su modo de ser; por esta razón ellos no progresan, en rigor de término; pues también á mi juicio *progresar es legar la perfección adquirida*, y ellos no legan á sus hijos ninguno de los adelantos que á fuerza de hambre y palo les imponemos. Así la *abeja actúa*; *el hombre trabaja*; y *de la inteligencia en el trabajo del individuo deriva la vinculación en el progreso de la especie*.